

Juana Salabert
Atentado

Alianza editorial

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de la autora: © Hernández Moya, B. / Anaya

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© Juana Salabert, 2022
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-713-7
Depósito legal: M. 234-2022
Printed in Spain

«Te doy las piedras blancas del destino.»
El robo, CLAUDIO RODRÍGUEZ (*Casi una leyenda*).

«Y este súbito resplandor de luz, cual llama de una
antorcha antes de que un violento golpe de viento la
apague del todo, este fagonazo antes de las tinieblas, es
la última experiencia que podemos compartir.»
El apátrida (Laúd y cicatrices), DANILO KIŠ.

«Forzando la memoria hasta el tormento,
evocaba el brillo y el espesor de una hoja de
magnolia, una piedra plana en medio del riachuelo...»
Todo fluye, VASILII GROSSMAN.

FALSAS ESPERANZAS

11 de agosto de 2018

CUATRO HORAS ANTES DEL ATENTADO

«Quédate un rato más, todavía es temprano», le había susurrado él a las siete menos veinte. Y ella, recién vestida y con el pelo aún húmedo tras la ducha, le sonrió desde el espejo mientras denegaba con la cabeza. Imposible, tenía que volver, siempre fregaba el portal y la escalera a primera hora, y además, con su sobrino en casa... Últimamente Amin madrugaba mucho, estaba muy cambiado. Adusto e irreconocible en realidad, pensó Nadia. Porque del crío alegre, loco por las playas, el fútbol y el monopatín que años atrás la abrazaba feliz y agradecía cada excursión o salida como el mayor de los regalos, no quedaba ni rastro. Un malhumorado y ceñudo desconocido lo había suplantado, y pese a repetirse de continuo en su fuero interno que casi ningún adolescente era fácil de sobrellevar, este último verano en su compañía le estaba resultando eterno. An-

gustoso, incluso, en cierta medida que no sabría definir. Soñaba en secreto a todas horas con su partida y ya ni siquiera se sentía culpable por ello. No les había comentado nada del desconcertante cambio de actitud y comportamiento ni a su hermano ni a su cuñada porque los sabía agobiados por una mala racha. La tienda de electrodomésticos y el local contiguo de reparaciones pasaban por dificultades, y los desvelaban deudas e impagos, pero, al fin y al cabo, su hijo era de su responsabilidad y a ellos debía incumbirles bregar con sus desplantes y caras de asco. «Qué pasa con tu sobrino, ya es mayorcito, supongo que podrá prepararse él solo el desayuno, ¿no?»», protestó Edoardo. Que dejara de quejarse, lo riñó bienhumorada. Expulsó al nuevo y antipático Amin de sus pensamientos, tomó el bolso y ya en la puerta le lanzó un beso de despedida con la punta de los dedos. «Te llamo después, nos vemos por la tarde.» La madrugada anterior había vuelto a prometerle ilusiónada que a últimos de mes se tomaría unos días libres y lo acompañaría a Portugal. «Ya falta poco, mi sobrino regresará a su casa antes de lo previsto, tiene billete de vuelta para el veinte de agosto. ¡Hay que ver, con lo que le gustaba antes venir aquí, si al final de sus vacaciones se marchaba a Fez tristísimo! La verdad, no hay quien entienda a los chicos de ahora.»

Pero ya no pudo llamarlo ni volvieron, tampoco, a verse nunca más. No elaborarían proyectos conjuntos ni consultarían, llegado el otoño, webs inmobiliarias en busca de algún alquiler asequible donde iniciar esperanzados su nueva vida a dúo. Jamás ascenderían juntos en tranvía las luminosas cuestas lisboetas, ni recorrerían el Oporto natal del tapicero Edoardo Mendes, degollado a las ocho y media en punto en su vivienda taller de entresuelo, a dos manzanas del portal que la risueña Nadia Assad fregó por última vez antes de reti-

rarse al minúsculo apartamento de conserje que habitaba desde década y media atrás. Enamorada, absorta en sus planes vacacionales y en la preparación de un café que no llegó a probar, la muerte la sorprendió de espaldas a las ocho y once minutos exactos, ante la pila del fregadero donde su asesino depositó al cabo su cabeza de ojos despavoridos e incrédulos.

Desdeñoso y sin remordimiento alguno, puesto que aquella renegada que rechazaba cubrirse los rizos, se pintaba los labios, estudiaba sociología a distancia, realizaba ocasionales traducciones de árabe para dos o tres empresas de exportación y acaso fantaseara casarse con ese *infiel*, propietario de una camioneta más que adecuada para sus fines, no era ya nada suyo. Había dejado de ser su querida tía de antaño y en absoluto merecía ya que se la considerase de su misma sangre. Exactamente así se lo había confirmado Yusuf. Y además, ¿acaso no escuchó de pequeño rumores del vecindario sobre su pasada desvergüenza, chismes relativos a una escandalosa aventura con un turista holandés? Por ese motivo, afirmaban, el abuelo había enviado a su mimada hija favorita a vivir lejos. Al norte de España, «donde llueve siempre y los campos son maravillosamente verdes», eso solía repetir encantado el viejo tendero. Otro impío, amante de las cervezas y de los semanarios franceses, que ya estaba muerto, fulminado por un oportuno infarto.

Pero nada de aquello importaba ya. El día de hoy sería el último y a ese sol redentor del inminente mediodía de sangre él iba a mirarlo al fin de cara. Amin Assad volvió a prometérselo mientras se arrancaba de un tirón la ensangrentada camisa frente al cuerpo decapitado de Nadia y estrenaba la nueva, tiesa y radiante.

PRIMERA PARTE

LA PLAZA

1. La casa del horizonte

«... porque el amor es bondad.»

Todo fluye, VASILII GROSSMAN.

Traducción de Marta Rebón.

«Puesto que tu casa / es ahora el horizonte.»

Puisque tu pars, JEAN-JACQUES GOLDMANN.

Escuchaba dentro de sí esa alentadora voz grave, la emocionada despedida (*puisque ta maison / aujourd'hui c'est l'horizon*) que no se le iba de la cabeza desde que días atrás volviera a escucharla por la radio en la casa paterna de Burdeos, y tardó unos segundos en atender al estruendo repentino a su espalda. Al desconcierto de alaridos, al rugir anómalo de un motor, al jaleo inaudito de carreras, pero qué diablos pasaba, qué era ese trepidar de seísmo, por qué lo empujaban así. Oiga, señora, se ha vuelto loca o qué, quiso protestar luego de que un bulto rígido le golpeará fieramente el costa-

do, pero no llegó ni a entreabrir los labios porque la mujer volaba ya calle abajo, olvidada del vuelco de su maleta verde manzana, cuyos ruedines seguían girando tercios sobre la acera. Corría con zancadas gigantescas y un solo zapato, igual que si volara, y a su alrededor todos parecían imitarla, sólo que algunos volaban de *verdad*. Ascendían por el aire diáfano de esa mañana de agosto y se mantenían allí, como equilibristas sin red, durante unas milésimas de segundo, antes de caer rebotados sobre el pavimento. Sin dejar de correr, porque ahora también él corría a su vez, alocada e instintivamente, giró la cabeza. Y entonces la vio: blanca, zigzagueante y aterradora.

Una camioneta con un gran sofá pintado sobre el lateral que avanzaba dando trompos, a toda velocidad (por qué entonces sus ojos desorbitados la captaban con todo detalle y retenían hasta el inofensivo lema, ese VIDA NUEVA PARA EL DESCANSO, MENDES, SU TAPICERO DE CONFIANZA), embistiendo contra quienes huían a empellones o se paraban, sofrenados por el pánico en un único instante fatal...

Era la segadora de la muerte y la tenía prácticamente encima; si no se apartaba de inmediato, sería tarde, demasiado tarde.

La plaza, ya estaba a la altura de la plaza. Si la cruzaba, podría refugiarse dentro de algún portal o incluso en el vestíbulo del Teatro del Nuevo Mundo, que a esas horas acogía visitas guiadas, y por Dios, qué estúpido fue no metiéndose al paso en una cualquiera de esas tiendas que ahora echaban el cierre al unísono entre chirridos metálicos de pesadilla. A otros sí que se les había ocurrido la idea, el sobresalto debió de pillarlos ante una puerta abierta de comercio y cazaron su oportunidad al instante, maldita falta de reflejos la suya.

Advirtió de refilón los obstáculos a su izquierda, los bancos de piedra arenisca donde nadie continuaba sentado al sol,

el kiosco de bebidas, el poste publicitario con el anuncio del programa estival de festejos, cobró impulso y se proyectó hacia delante.

Acababa de esquivar por milímetros al vehículo, pero no tuvo tiempo de alegrarse porque de nuevo sentía tras de sí cómo su conductor lo aceleraba con furia de maniaco. Volvía a la carga, se adentraba en la plaza como una tanqueta, y esta vez no habría escapatoria. *Atentado*, chilló alguien a lo lejos, o quizá muy cerca. *Terroristas*. Voces y ruidos le llegaban distorsionados, ensordecidos por ese rechinar homicida de neumáticos...

Salta.

La orden restalló en su cerebro y segundos antes del impacto supo que no alcanzaría a obedecerla.

Pero aun así lo intentó, y hacerlo estuvo bien, porque la furgoneta, que ahora se lanzaba hacia la fachada del teatro llevándose por delante papeleras, sillas y mesas metálicas, lo golpeó de costado, no llegó a atropellarlo de frente.

El topetazo (hubo un sonido limpio, chas, justo antes del dolor atroz que enseguida le galvanizó las sienas) lo arrojó sobre el volcado tenderete del puesto de helados italianos.

La visión de los familiares listones azules y blancos le resultó por un momento casi consoladora. Había tenido suerte, después de todo, yendo a parar sobre el toldillo de lona. Respiraba, agazapado y palpitante, una intensa fragancia a fresas, a vainilla y cítricos, y también el aroma más tenue del *fior di latte*, su sabor favorito desde la niñez, pero no, no podía ser, porque los de aquella clase no los vendían allí, únicamente los despachaban en su establecimiento matriz del Paseo Marítimo. Qué absurdo recordar de pronto semejante minucia. Una ilusión, un simple engaño de los sentidos, eso era, bien distinto del regusto a sangre en el paladar y del ácido olor a miedo, a

peligro que no cesa, qué iba a cesar, si la camioneta acababa de frenar en seco ante la columnata del teatro y de sus portezuelas emergían cuatro tipos empuñando objetos, cosas que...

Armas.

Blandían armas. Se movían de manera extraña, como los integrantes de un comando de videojuego, y llevaban chalecos reflectantes de obra. Con profusión de cables y unos cilindros o cartuchos colgados...

Cinturones de explosivos, joder, joder.

Vociferaban algo. Reconoció enseguida la aullada proclama de rigor y lo sacudió una oleada de odio.

Otro atentado, y este le ha tocado a Finis, te ha tocado a ti.

Hijos de la gran puta.

Allí tendido, podía distinguirlos sin dificultad, le bastaba apenas con girar un poco la cabeza.

Eran jóvenes, algunos parecían incluso adolescentes. El más alto y robusto enarbolaba una metralleta, otro manejaba una especie de subfusil y los dos restantes esgrimían pistolas y cuchillos del tamaño de cimitarras, cuyas hojas destellaban fieras al sol del mediodía. Y de repente había también allí un quinto hombre, surgido de improviso bajo el frontispicio del teatro. Barbudo y flaco, ataviado con chilaba y bonete blancos, miraba a su alrededor con el ceño fruncido por la luz o la ira. *Joder, es como si imitara a...*

Voluntario o no, aquel acentuado parecido de pesadilla resultaba tan grotesco que durante unos segundos casi lo ganó la risa, una carcajada incongruente que enseguida se le ahogó en la garganta. Por eso tardó en darse cuenta de que asía un revólver con el que encañonaba a la guía del teatro, una chica bajita de pelo corto y credencial en la solapa naranja de la chaquetilla de uniforme. Ella debía de estar chillando, aunque no se

escuchaban sus gritos. O al menos Michel no llegaba a percibirlos, inmerso en la visión del petrificado grupito de visitantes agolpado ante la entrada principal. Eran unas diez u once personas, sin duda reunidas para la programada visita del mediodía. ¿O tal vez acababan de salir del bastante más exhaustivo recorrido de las once por esa modernista fantasía laberíntica de escalinatas, palcos, vidrieras y cielorrasos poblados de faunos, sirenas y centauros, para sumergirse de golpe en el horror? El individuo ordenaba algo, gesticulante y perentorio. Quizá los urgía a entrar. Pero ninguno de ellos se movía, y entonces, el estampido, el fogonazo. Un hombre corpulento cayó de rodillas al suelo de mosaicos donde Neptuno izaba, inútil, su tridente y el resto retrocedió unánime en un movimiento de espanto. La mayoría penetró después, cabizbaja, en el vestíbulo, seguida por su captor, aunque al menos cuatro personas desoyeron el mandato y se lanzaron a la fuga en varias direcciones. Una ráfaga de metralleta cortó desde un extremo de la plaza su desesperada tentativa, pero una de ellas, una mujer con falda vaquera y blusa amarilla, logró alcanzar entre enloquecidos zigzags la esquina de la izquierda. Bien por ti, se alegró Michel, viéndola sortear las volcadas mesas del Gran Café Atlantis y perderse luego calle del Almirantazgo arriba, como un ave extraviada de su bandada... Liberada al fin de esa bandada que migraba hacia el ojo mismo del tormento.

Y ahora otros tres atacantes corrían hacia el escenario, orgullo de la ciudad desde su inauguración durante las navidades de 1899, disparando y apuñalando a su paso entre alaridos a todo lo que se moviera, a los heridos y atropellados que gemían por el suelo. La sangre le latía como un desquiciado mecanismo mientras se agazapaba bajo la loneta del toldillo y se obligaba a hacerse el muerto.

Con un poco de suerte...

Con mucha, muchísima suerte...

Con toda la suerte del mundo, *no te engañes.*

Que no lo vieran, por Dios. Michel nunca había rezado, pero en aquel instante lo hizo. A la providencia, al gran arquitecto del universo, hacedor del cosmos y trazador de sinos, al calculado azar de la materia expandiéndose al son de la música de las esferas, no sabía a quién ni a qué le imploraba, y además le daba igual. Rezó y rogó el don de la invisibilidad mientras cerraba los ojos con fuerza y apretaba los puños hasta hincarse ferozmente las uñas en las palmas. Ya no lo taladraba el dolor del costado, pero percibía todos los músculos en tensión.

No muy lejos sonaban sirenas, sin duda de vehículos policiales aproximándose, pero a su alrededor cundía de pronto un silencio anómalo que le erizó la piel. *Quizá no quede nadie vivo, puede que tú también estés muerto y aún no lo sepas, quizá nunca llegues a saberlo.*

Y de repente aquellos sonidos enmudecían a su vez, era como si el mundo entero hubiese acordado callar y contener el aliento mientras él se deslizaba pendiente abajo hacia una sima de oscuridad inconcebible, donde el tiempo no contaba y era otro o ya no era...

Comprendió que debía de haber perdido durante unos segundos el sentido al distinguir frente a sí un lamento o lloro muy quedo.

Un llanto infantil.

Lo supo de inmediato, antes incluso de forzarse (*pero no lo hagas, quédate quieto, sobre todo no te muevas y no mires, es mejor no mirar porque si lo haces*) a entreabrir los párpados.

Y en efecto, quien sollozaba delante de él, con breves hipidos entrecortados y a menos de un metro de distancia, era una niña pequeña con un gran corte en la barbilla y llamativo vestido bordado de mariposas. Algo menor que su hijo, quien no regresaría de la colonia de vacaciones en Hossegor hasta el siguiente lunes. De unos seis o siete años, calculó de reojo. Debía de haberse lastimado al caer de bruces, empujada acaso por la joven que yacía a su lado (¿una hermana mayor, alguna *au pair* extranjera contratada para el verano, cualquier desconocida que la agarró al paso, apartándola cuando la furgoneta se les vino encima o echándola cuerpo a tierra a la primera detonación?), con el cráneo reventado de un disparo y obviamente muerta.

Le temblaba todo el cuerpo, excepto el puño izquierdo, que aferraba un juguetillo japonés, un Charmander de plástico, y el terror le agrandaba los ojos, que mantenía muy abiertos a pesar del llanto.

Eran de un azul lavanda idéntico al de su madre, se sobresaltó Michel.

La había perdido allí mismo, en Finis, al poco de su undécimo aniversario, y el paso del tiempo terminó por arrebatarle de la memoria la precisa expresividad de sus facciones, pero jamás había olvidado el tono exacto de aquella mirada que en ocasiones aún le convocaba en sueños, devolviéndolo, vívida y parpadeante, a los años de su infancia española.

Se llevó un índice a los labios, indicando silencio, y luego le sonrió. E increíblemente, la pequeña calló y le sostuvo la mirada. Apartó unos centímetros la lona de su cabeza y estudió el terreno. Si pudiera arrastrarse hacia ella y atraerla a su vera...

Con algo de suerte...

El toldo del puesto de helados podría tal vez cobijarlos (*escondernos*) a los dos. Era bastante menuda.

Pero de nuevo disparaban por doquier, ahora desde otro ángulo que no lograba determinar. Hubo un estrépito a granizada de cristales rotos y dedujo que tiraban también a las ventanas y balcones de la plaza, donde algunos se habrían asomado desde el primer momento, móvil en mano. Siempre surgía alguien con la frialdad o presencia de ánimo suficientes para grabar los hechos, el terror en directo, las escenas que luego serían retransmitidas en bucle durante horas por las distintas cadenas televisivas, junto con las imágenes captadas por las diversas cámaras de seguridad. Por desgracia, y al igual que millones de personas del mundo entero, también él había asistido muchas veces al desfile de situaciones similares en la pantalla de un televisor... Las ciudades, los lugares afectados eran diferentes, pero el pánico y el dolor generados no variaban un ápice desde que el ataque a las torres gemelas le imprimiera su renovada marca de la infamia al arranque del milenio.

Ladeó el rostro y observó cómo dos de los terroristas franqueaban las puertas del teatro.

Con mucha, muchísima suerte (*para ti, no para sus rehenes*), quizá los demás los imitasen y se colasen dentro.

Cargados de explosivos, joder, no te olvides. Claro que entonces la plaza quedaría libre y tú podrías...

Podrías qué.

Podrías nada.

Seguro que te han partido alguna costilla, puede que tengas maltrechos varios huesos, ni siquiera sabes si podrás levantarte, si serás capaz de echar a correr.

De escapar, huir de aquí.

Pero sí, porque dicen que en medio del peligro uno se descubre en cuestión de segundos dueño de capacidades insospechadas... La adrenalina infunde una fuerza extraordinaria, ¿verdad?

Por la plaza sembrada de cadáveres se sucedían ahora múltiples sintonías de móviles, llamadas a las que nadie contestaba.

Sin apartar la vista de la de la niña, palpó su teléfono, aparentemente intacto dentro del bolsillo del vaquero, y silenció el volumen.

Preferible no llamar la atención, mejor aovillarse, concentrarse en desaparecer de las miras de los asesinos. Asiéndose a la endeble e inmensa esperanza, al sueño mágico del milagro salvador que lo sacaría de ese mapa de los horrores trazándose, al instante y a vuelapluma de sangre, ante sus ojos. Como de pequeño debió de hacerlo su abuelo, que durante la Ocupación permaneció más de veinticuatro meses oculto, junto con otros tres niños mayores que él que lo enseñaron a llorar en silencio y a no quejarse nunca, en la húmeda oscuridad de aquel sótano, propiedad de un conocido bondadoso, del barrio bordelés de Chartrons.

La niña aún creería en la magia y el rescate, seguro que a su edad confiaba en los buenos finales, los finales felices de los cuentos, las películas. En la prometida rotundidad de todas aquellas historias en las que a los malvados se los vencía y expulsaba mediante ardidés o conjuros, en unas últimas páginas proporcionadoras de aliviado consuelo.

Y por Dios, por qué nadie intervenía si cada minuto, cada segundo contaban hasta la extenuación y la locura. Por qué no llegaban tiradores de élite que interrumpiesen el ir y venir escalofriante de esos dos de una punta a otra de la pla-